

RECENSIONES

FRANCO MATA, A.

Arte leonés (siglos IV-XVI) fuera de León

Edilesa, León. 2010. 400 pp.

Ramón Yzquierdo Perrín

Las poblaciones que tienen un origen antiguo y relevancia histórica han visto surgir y desaparecer edificios, monumentos y obras artísticas de todo tipo, proceso que viene a ser como el libro de su propia vida, sus páginas se articulan y fundamentan sobre las precedentes. Tal es, en cierto modo, lo ocurrido en tierras de León, cuyo devenir propició una riquísima creación artística que, los vericuetos de la historia, han vapuleado en ocasiones, lo que Lakanal calificó el seis de junio de 1793 en la Convención Francesa de: «*los ultrajes del vandalismo*». Este término tuvo entonces tal éxito que el abate Grégoire se lo adjudicó al año siguiente y, posteriormente, Réau lo utilizó como título de una de sus obras más significativas: «*Historia del vandalismo*», cuyo hilo conductor son las destrucciones y alteraciones arquitectónicas.

Si el estudio y valoración de tales cambios es todavía escaso, a pesar del esfuerzo realizado en los últimos años por los investigadores, ocuparse de obras muebles o de aquellas que han adquirido esta categoría por destrucción de sus soportes originales es todavía reducido. He aquí, pues, la novedad y actualidad de la publicación de la doctora Ángela Franco Mato: «*Arte leonés (siglos IV-XVI) fuera de León*», editada con el cuidado y pulcritud habituales en Edilesa. La autora une a su condición de leonesa la de Jefe del Departamento de Antigüedades Medievales del Museo Arqueológico Nacional, excepcional observatorio para un estudio como el presente aunque, paradójicamente, en la primera línea del texto nos dice que: «*no está finalizado*», si bien matiza en seguida esta frase que resulta ser una cautela ante la posibilidad improbable de que alguna pieza haya escapado a su trabajo.

El libro se articula en ocho capítulos según el destino de las piezas: Museo Arqueológico Nacional; otras instituciones y colecciones españolas o extranjeras; o bien por su origen: Sahagún, monasterios, iglesias diversas. No se trata sólo de un catálogo, que ya sería bastante, sino que estudia y valora cada una

sin olvidarse de las desaparecidas, de las de filiación dudosa o en paradero desconocido. Contempla, pues, todas las posibilidades y estudia y valora las obras de manera individualizada, lo que permite utilizar el libro bien como inventario, bien como guía para acercarse a las obras, a las circunstancias de su creación y, en consecuencia, al mecenazgo que los reyes de León realizaron con iglesias y monasterios de su reino, entre las que ocupó lugar preferente la catedral compostelana, por lo que algunas de las primeras imágenes del libro corresponden al crucifijo de Ordoño II; el busto-relicario de Santiago Alfeo con la joya regalada por Suero de Quiñones, el del «Passo Honroso», al cuello, o las miniaturas que en el Tumbo A compostelano representan a sus más generosos donantes. Al final de la Edad Media la relación artística entre León y Galicia la ratifica la magnífica cruz de azabache del Museo de la Catedral de Ourense.

Fue el convulso siglo XIX el que más contribuyó a desperdigar el rico patrimonio leonés por museos y colecciones. Superado el trauma inicial de los saqueos napoleónicos, las guerras civiles, exclaustraciones así como las ventas efectuadas, a veces, por monasterios y conventos pusieron en el mercado piezas de extraordinario valor y significación. Tales enajenaciones suscitaron una creciente preocupación por la conservación y valoración del patrimonio que llevó, en 1867, a la creación del Museo Arqueológico Nacional, con sede en Madrid, que: *«entre 1868 y 1875... desarrolló una extraordinaria actividad para la adquisición de objetos»* al que entonces llegaron valiosas obras leonesas, muchas procedentes de la basílica de san Isidoro, según los textos que aporta la autora. Así entraron en sus colecciones piezas señeras como las arquetas de las Ágatas y de las Bienaventuranzas o el singular crucifijo de Fernando I y Sancha, magnífica joya del arte del siglo XI, entre otras que se cuentan entre las más significativas de la espléndida colección de arte medieval del Museo Arqueológico. Otras piezas proceden de san Marcos, Astorga, catedral de León y diversos lugares, sin olvidar la colección de vaciados que, sin tener el valor de las obras precedentes, harían las delicias de cualquier museo o colección. Tales incorporaciones se completaron con donaciones y compras, entre ellas las sillas del coro de Gradefes y otras muchas de diferentes períodos y materiales. Creo no equivocarme si digo que el Museo Arqueológico Nacional posee la más espléndida colección de arte medieval leonés fuera de la ciudad y monumentos de León, colección que valora la doctora Franco no sólo como excepcionales preseas, sino en su origen: quién, cuándo y para qué se hicieron.

El Museo Arqueológico Nacional es la institución española con un más selecto y numeroso grupo de piezas artísticas leonesas, pero también otras colecciones hispanas disponen de obras relevantes: Instituto del Conde de Valencia de Don Juan, Real Academia de la Historia, Fundación Lázaro Galdiano de las que tienen su sede en Madrid; en Barcelona cabe citar el Museo Nacional de Arte de Cataluña, Museo Marés, Fundación Godía, así como otras instituciones de Toledo, Guipuzcoa etc. En todas y cada una hace la autora una precisa pesqui-

sa e identificación de las obras leonesas que poseen, correspondiendo la serie más numerosa, como casi no podía ser de otro modo, al excepcional escaparate del arte español que es el Museo Marés. El éxodo de objetos leoneses rebasó las fronteras españolas y algunas piezas se encuentran en museos y colecciones de varios países europeos así como en Estados Unidos. Entre los primeros destaca el Museo del Louvre, donde se encuentran exquisitos marfiles y objetos litúrgicos; en América cabe mencionar el Art Institute de Chicago: el Museum of Art, Providence, en Rhode Island; aunque el mayor número de piezas, lógicamente, pertenece a la Hispanic Society de Nueva York.

En la segunda mitad del libro adopta la autora una organización diferente. El protagonismo de las instituciones cede ante la procedencia de las obras y su técnica de creación. De este modo destaca la trascendencia histórica y artística de los importantes talleres escultóricos generados en el monasterio de Sahagún, uno de los cenobios más importantes de la Edad Media leonesa y española, de donde salieron obras maestras de la escultura, valga como muestra la singular lauda de Alfonso Ansúrez, felizmente recobrada para el Museo Arqueológico Nacional, aunque a un elevado coste que incluyó una de las columnas románicas de san Paio de Antealtares, en Santiago. No fue el de Sahagún el único monasterio leonés expoliado ya que también el de san Pedro de las Dueñas conoció la rapiña y mengua de su patrimonio.

Al lado de las piezas litúrgicas y las esculturas tanto arquitectónicas como funerarias o devocionales, las obras pictóricas fueron especialmente buscadas y dispersadas. Al abundar en León los monasterios desde tiempos prerrománicos fueron varios los que dispusieron de importantes «scriptoria» en los que elaboraron sus propios libros: Biblias, beatos, diurnos, leccionarios, epistolarios y otros libros religiosos que a lo largo de la historia fueron especialmente codiciados y que, en absoluto, pasaron desapercibidos a expoliadores, anticuarios y coleccionistas, circunstancias que favorecieron que en su mayoría se dispersaran por diferentes bibliotecas españolas y extranjeras de suerte que sólo permanecen en León los que pertenecen a san Isidoro.

Un panorama parecido presenta la pintura gótica, codiciada por coleccionistas y anticuarios, en particular las obras de Nicolás Francés, cuyo espléndido retablo de la catedral de León lamentablemente se ha visto reducido a una pequeña parte de lo que fue y cuya composición original es objeto de certero estudio por parte de Ángela Franco, quien hace un minucioso seguimiento de las piezas dispersas en diferentes puntos y colecciones, pesquisa que extiende también a otras obras del gran maestro, así como a sus discípulos y seguidores. Un tratamiento similar merece la pintura hispano-flamenca que arranca con el impresionante retablo de santa Marina del Maestro de Palanquinos, actualmente en el Museo de Bellas Artes de Asturias, y continúa con otros artistas que se adentran en la pintura gótica postmedieval, en la que destacan el Maestro de Astorga y Marcellus Coffermans, entre otros.

Termina este exhaustivo recorrido por el arte leonés fuera de León con un capítulo dedicado a piezas perdidas, entre las que destaca la doctora Franco la custodia de Enrique de Arfe para la catedral de León; objetos robados, como la lápida fundacional prerrománica de santa Cruz de San Pedro de Montes; y concluye con piezas de posible origen leonés.

La obra de la doctora Franco es una exhaustiva y novedosa aportación a la bibliografía artística del León medieval, género en el que no abundan los estudios dedicados a las piezas que, por diferentes razones, se encuentran alejadas de su emplazamiento original y fuera del territorio para el que fueron creadas. La autora las sigue en su particular historia a lo largo y ancho de España y otros países, las estudia pormenorizadamente y completa su trabajo con una magnífica colección fotográfica que ayuda a una mejor comprensión y valoración de un rico, variado y poco conocido patrimonio cultural leonés.

RIVERA DE LAS HERAS, J. Á.

La platería religiosa foránea en el Arciprestazgo de Sayago (Zamora).

Zamora, 2009. Ed. Diputación Provincial de Zamora. Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo», 223, págs. ilustr. b/n. ISBN: 978-84-96100-42-1

Rosa Martín Vaquero

Universidad de A Coruña

El estudio sobre la platería religiosa foránea del Arciprestazgo de Sayago (Zamora), realizado por el historiador José Ángel Rivera de las Heras, nos viene a aportar en primer lugar un avance sobre el conocimiento del tema de la platería religiosa conservada en la diócesis de Zamora y en segundo lugar, el conocimiento de aspectos y obras pertenecientes a territorios limítrofes de Salamanca, Valladolid o Portugal y otros más alejados, como Madrid, Barcelona y Córdoba. Obras que se adquirían en las ferias, especialmente en la de «Botijero» que se celebraba en Zamora durante veintidós días, comenzaba 15 días antes de la Cuaresma y los comerciantes estaban libres de contribución por Privilegio dado por el rey Fernando el Católico en 1476 para conmemorar la Batalla de Toro. También recoge obras procedentes de León, Astorga, Santiago de Compostela o Vitoria, aunque la representación de estos centros es más escasa.

Falta aún una investigación que aborde el conjunto de esta práctica artística en el ámbito zamorano (diócesis/provincia) con la que terminar de completar el preciado puzzle y poder de este modo contemplar la imagen contenida. Nos

hace una valoración global de las obras de platería estudiadas, resaltando como conclusión más importante, la variedad y diversidad de piezas, centros, cronologías y autores. Abarca del S. XVI hasta el siglo XX, si bien el peso de estas obras es datable entre el último tercio del siglo XVIII y los años finales del siglo XIX, explicable por la llegada de corredores a la capital zamorana a la Feria de Botijero para vender los objetos producidos en sus talleres de origen, como los plateros cordobeses desde su lejana tierra o los procedentes de los centros más próximos de Salamanca o Valladolid entre otros.

Las obras aquí recogidas responden más al carácter funcional que a obras excepcionales de la platería barroca-rococó, no por ello menos importantes a la hora del estudio de esta platería y trabajo de determinados talleres como el del platero González de Salamanca de mediados del siglo XIX, adaptado a unas tipologías sencillas y no costosas de acuerdo a la economía precaria de estas iglesias.

El autor, ha realizado una minuciosa revisión de los archivos parroquiales, en los que ha recogido obras de plateros importantes, sobre todo de Salamanca, algunas de cuyas piezas actualmente no se conservan pero que nos hablan de otras épocas en las que las iglesias de estas zonas tenían mayor poder adquisitivo.

El libro está estructurado en dos partes divididas en ocho capítulos. En la primera parte englobaríamos los capítulos I al IV y en la segunda parte los capítulos V al VIII, y la bibliografía sobre el tema. Está precedido de la Introducción en la que presenta los objetivos que se propone y como los va a llevar a cabo. Se acompaña de un prólogo del profesor Pérez Hernández, la presentación que hace el autor y el estudio llevado a cabo, con los datos y noticias hasta la fecha conocidos, así como los agradecimientos a personas que de un modo u otro colaboraron con él. En la segunda parte, recoge el catálogo de las obras, analizando cada una de ellas con un pequeño estudio acompañado de una ficha de la pieza: localización, material, medidas, estilo, marcas, etc., para facilitar su identificación y estudio. Aporta, a su vez, cuadros sinópticos con los datos de las obras para facilitar su identificación, cronología, centro de origen, lugares dónde se conservan, autoría y marcaje.

El capítulo primero lo dedica al ajuar litúrgico, en el que realiza el estudio de las 135 piezas recogidas, la mayoría inéditas. Distingue en cuanto a los Vasos Sagrados –Patena, cáliz, copón, custodia y portaviáticos–, los objetos litúrgicos –cruz procesional, vinajeras, bandeja, campanilla y cacillo, incensario y naveta, concha bautismal–; y otros objetos de ornato de las imágenes –coronas, aureolas, diademas, media luna, estrellas, rostrillos–. El segundo, lo titula «El territorio», en el que sitúa los límites del Arciprezago de Sayago, con la historia y avatares de las parroquias de este territorio y su configuración en la actualidad, compuesto por cincuenta y siete parroquias.

En el tercero dedicado a las «Adquisiciones y pérdidas», recoge los avatares sufridos por los objetos de culto de estas parroquias, aludiendo a las donaciones y a la merma de estas obras, debido a ventas, incautaciones en los distintos acontecimientos históricos: conflictos bélicos con Portugal en la Edad Moderna, las contribuciones para las Guerras de Sucesión y de la Independencia, el saqueo por las tropas napoleónicas; y posteriormente las incautaciones que sufrieron con la Desamortización de Mendizábal y también consecuencias negativas, y que fueron importantes, los robos sacrílegos. El capítulo IV, lo dedica al estudio de los centros plateros de dónde proceden las piezas –Salamanca, Córdoba, Valladolid, Barcelona, Madrid, otros centros–, señalando la importancia que cada uno tiene en el momento de la realización de las obras estudiadas.

El libro está primorosamente editado con un número importante de ilustraciones, en las que además de las ciento treinta y cinco piezas reproducidas, se recoge abundante material gráfico de todas las piezas estudiadas: detalles y marcas en ellas estampadas que enriquecen y ayudan eficazmente a la comprensión del texto escrito. Completa este estudio un importante número de notas a pie de página y las fuentes documentales y bibliográficas utilizada para su elaboración, enriquecidas con un pequeño apéndice documental.